

Hayek y ambientalismo

ALDEMARO ROMERO DIAZ (*)

Tras la muerte el 23 de marzo pasado en Friburgo del economista, filósofo y politólogo (entre otras cosas) Friedrich von Hayek, muchas han sido las loas que se han escrito de este pensador.

Nacido en Viena en 1899, Hayek se hizo primero famoso en 1944 al publicar en su adoptada Inglaterra el libro *The road to serfdom* (El camino a la servidumbre), en el que señaló que la planificación centralizada de la economía corroe los fundamentos de la democracia conduciendo al totalitarismo (llámese éste fascismo o Comunismo). En *Constitution of liberty* (La constitución de la libertad) de 1960 y otras obras posteriores, Hayek explica que el mercado es un sistema infinito de relación entre los individuos, que se desarrolla de manera natural y a la perfección en un régimen de libertades y que la intervención del Estado lo que hace es dañarlo.

Por estas contribuciones y muchas otras, Hayek recibiría el Premio Nóbel de Economía de 1975.

Pero Hayek no se detuvo allí. En su libro *Fatal conceit* (El engaño fatal) de 1989, ataca duramente a los estatistas de todas las tendencias (desde los colectivistas marxistas hasta los "supletorios" socialcristianos, pasando por los creyentes del Estado benefactor de los socialistas y socialdemócratas), quienes intentan organizar la vida de la comunidad desde el aparato estatal, queriendo sustituir las acciones e instituciones nacidas de forma espontánea en la sociedad por burocracias cuya mi-

sión es, a través de la racionalización de la producción y la redistribución de la riqueza, imponer un modelo de sociedad, es decir, un totalitarismo enmascarado.

No cabe duda que las ideas de Hayek siempre fueron tomadas como revolucionarias en el sentido más extremo de la palabra. Como él mismo dijo una vez: "Los liberales deben ser agitadores". En el pasado, sus más acérrimos críticos eran los socialistas y socialdemócratas, quienes consideraban inviables sus teorías.

Hoy algunas de las críticas vienen de sectores insospechados como, por ejemplo, el santuario del conservadurismo moderado británico: la revista *The Economist*. En efecto, en la nota necrológica sobre Hayek, que apareció en la edición del 28 de marzo pasado de esa publicación, se decía que las ideas de Hayek no eran aplicables al caso del Estado como interventor en materia de ambiente. Según *The Economist*, "el Estado ha de intervenir necesariamente en materia de saneamiento ambiental".

Esto merece una aclaración. Es esencial que entendamos que el Estado, en ningún país del mundo, ha sido el motor de creación de conciencia ambientalista en los pueblos; por el contrario: ha sido la presión popular la que ha hecho que el Estado tome acciones, no siempre con buen pie, en materia de conservación del ambiente. De hecho, los países con un mayor nivel de contaminación son aquellos que han tenido estados extremadamente

HC

6/3/9

poderosos como, por ejemplo, los ex comunistas.

Es bueno recordar que Hayek propuso al Estado no como un ente que establecía una agenda, sino como el que crea las reglas de juego por las cuales los individuos desarrollan sus prácticas e ideas. De hecho, las agendas ambientalistas de los países con una mayor conciencia ecológica son establecidas por los pueblos a través de la sociedad civil organizada, las cuales son adaptadas por los gobiernos, muchas veces por miedo a perder el favor popular. Un buen ejemplo de ello lo tenemos en la súbita conversión de Margaret Thatcher al ambientalismo; quizás el único cambio radical en la plataforma con que llegó al Gobierno en 1979.

Ahora que muchos ambientalistas del país parecen desconcertados ante la próxima desaparición del Ministerio del Ambiente, la preocupación no debería ser por la muerte de ese ente burocrático (después de todo, muchos países carecen de un departamento ambiental con rango de ministerio y llevan a cabo políticas ambientales sanas), sino por la falta de una sociedad civil organizada fuerte y capaz de jugar su más útil papel dentro de una sociedad auténticamente democrática, es decir, la de estimulador y fiscalizador de la acción del Estado para que éste establezca las reglas de juego bajo las cuales la sociedad desarrolle una convivencia con la naturaleza.

En nuestro país, el Estado, a través del Ministerio del Ambiente, ha llevado a cabo una

política de corporativismo similar a la implantada por Mussolini, según la cual el Estado debe controlar las iniciativas de la sociedad por medio de su burocracia. De hecho, la práctica de subvencionar grupos o iniciativas de grupos ambientalistas (algo impensable en países donde el movimiento ambientalista cumple realmente su función como elemento independiente y fiscalizador de la sociedad sobre el Estado), ha sido una práctica común en nuestro país. No sólo eso, sino que aquellos que han osado criticar la política del Gobierno de turno han sido víctimas de aislamiento y difamación soterrada. Para los marxistas de closet que pululan en estos ambientes, tales prácticas no parecen crear ningún cargo de conciencia.

Hayek tuvo que esperar varias décadas para ver sus teorías confirmadas por los hechos: que la gente prefiere pasar penurias en un régimen de libertades públicas y económicas, que vivir en la utopía siempre prometida pero nunca lograda, del socialismo, de alcanzar la igualdad con la libertad; la justicia con la prosperidad.

El problema es que con el creciente deterioro de la calidad ambiental del país, los venezolanos no tenemos décadas para esperar a entender que para lograr un ambiente sano y un desarrollo económico compatible con el mismo, lo que nos hace falta no es un Estado poderoso sino una sociedad poderosa.

(*) PHD, Director Ejecutivo de Bioma